

caba el ambiente, aumentando la placidez de la naturaleza y alegrando todos los corazones; ¡tan sujeta está nuestra alma a las impresiones corporales! Somos máquinas. Me detuve cerca de Greenwich en la orilla del Támesis, río hermoso que nunca sale de madre, cuyas orillas adorna todo el año un césped siempre verde. Estaba cubierto de dos hileras de buques que se extendían por una longitud de 6 millas; todos estaban empavesados para honrar al rey y a la reina que paseaban en una barca dorada precedida de otras con músicas y seguida por 1,000 lanchas con dos remeros cada una, vestidos todos como antiguamente nuestros pajes. Todos sin excepción mostraban por su aspecto, traje y formas rollizas que vivían en la abundancia y libres.» Había llegado Voltaire casualmente en los momentos en que se celebraba una fiesta popular como jamás había visto ninguna en su país; allí había corridas á caballo de jinetes de ambos sexos, elegantes los hombres, y encantadoras las mujeres; corridas á pié de jóvenes también de ambos sexos, en medio de una multitud alegre, que á todas las preguntas del extranjero contestaba con la amabilidad de gente expansiva y alegre. Todo esto hizo á nuestro Voltaire el efecto de los juegos olímpicos; pero, dice, «la belleza del Támesis, la multitud de buques, la inmensidad de la ciudad de Londres, todo me hacía mirar como un agravio hecho á Inglaterra el comparar la Elide con ella.» Extasiado como Voltaire, había llegado aquel día también un correo de Dinamarca que volvió á partir la misma noche llevándose la convicción deliciosa de haber visitado la isla de los bienaventurados, donde las mujeres son siempre jóvenes, el cielo siempre azul, y las personas todas siempre dichosas. Pero la misma noche conoció Voltaire á varias damas de la corte que le desengañaron radicalmente; los jinetes que había visto no eran caballeros sino estudiantes que montaban caballos de alquiler; ni las Amazonas eran damas nobles, sino mozas de servicio ó hijas de labradores; la «sociedad elegante» no se rebajaba hasta entregarse á diversiones tan groseras propias del populacho. No encontró tampoco las caras expansivas de los comerciantes y síndicos, que tan amablemente habían contestado á sus preguntas y le habían indicado todo lo notable y digno de ser visto. Cuando al día siguiente fué á ver á estas personas, solo encontró caras adustas y gente de negocios, que le miraron como si nunca le hubiesen visto y que apenas respondían un sí ó un no á sus atentas preguntas.

A los pocos días de su estancia en Inglaterra había ya descubierto Voltaire lo que han tenido que aprender millares de hombres que han visitado la Inglaterra después de él, es decir, que se hallaba en un país de contradicciones y extremos no enlazados por ningún término medio; un país que presentaba al extranjero siempre nuevos enigmas, que no permitía á su imaginación descansar para coordinar sus impresiones ni deducir tampoco tranquilamente sus consecuencias. Lo que más le asombró y consternó fué el espíritu de partido en cuestiones de política; oía llamar al duque de Marlborough el cobarde más grande de la tierra y á Pope un sandío. Habiéndose figurado que los whigs eran enemigos del trono, y los toríes el partido monárquico y de la obediencia ciega, vió á aquellos en el parlamento votar constantemente en favor de la corte y á estos en la oposición. A un barquero que el día de su llegada, el de la fiesta popular, le había dicho: «soy un hombre libre; un hombre como yo, prefiero ser barquero en el Támesis á ser arzobispo de París,» vió al día siguiente con grillos en la cárcel, no por castigo sino para impedir que se escapara porque le habían cogido y enganchado á la fuerza para servir de marinero á bordo de un buque de guerra destinado á ir á Noruega, y entonces maldecía al gobierno que le había arrancado del lado de su

mujer y de sus hijos. Vió que la libertad de la prensa permitía la impresión de eruditísimos tratados que negaban los milagros de Jesucristo, al mismo tiempo que un pobre librero era expuesto á la vergüenza pública porque había publicado una traducción de la «Monja en camisa.» Así no tardó el primer entusiasmo del admirador francés en hacer lugar á la observación fría y tranquila del hombre práctico. Como tal, Voltaire con su mirada penetrante, su incomparable impresionabilidad, su memoria, su increíble potencia de retener y elaborar las observaciones hechas y las impresiones recibidas, encontró en Inglaterra un campo inmenso de trabajo y de riquísima cosecha. Hasta marzo de 1729 permaneció en Inglaterra; ignoraba si su destierro duraría toda la vida ó si acabaría pronto; pero el deseo de vengar la afrenta recibida de Rohan le había ya impulsado á hacer en el verano de 1726 una visita clandestina á París; y de vuelta á Inglaterra, escribió en 12 de agosto sobre este viaje lo siguiente á su amigo y encargado Thieriot: «Participo á V. que acabo de hacer una excursión á París. El no haber ido á ver á V. le probará que no fuí á ver á nadie. Fui únicamente en busca de un hombre que con su instinto de cobarde se ocultó, como si hubiese tenido el presentimiento de que yo le iba á buscar; pero al fin he temido ser descubierto y he tenido que venir más de prisa de lo que había ido. No parece sino que no he de volver á ver á V. en mi vida. No estoy todavía seguro de si volveré á Londres; sé que en este país encuentran todas las artes su recompensa; hay diferencia de clases; pero entre individuo é individuo no existe más que la de su mérito. Es un país donde se piensa libre y noblemente sin dejarse dominar por ningún temor. Si hubiera de escuchar únicamente mi inclinación me establecería aquí con la única intención de aprender á pensar.»

Oscuro é incierto era el porvenir de Voltaire; pero una cosa era ciertísima, á saber: el hecho de haber sido llevado por su estrella á una escuela, donde había una abundancia inmensa de material de enseñanza. Para aprovechar esta ocasión era indispensable el perfecto conocimiento del idioma inglés, como su idioma patrio. Voltaire se aplicó con férrea perseverancia á este estudio y salió maestro. Falkener, comerciante opulento de Londres, le instaló lejos del ruido del mundo, en su deliciosa quinta de Wandsworth, y en este *Tusculano* trabajó Voltaire tan silenciosa como asiduamente hasta que pudo entenderse en el idioma del país con los poetas, filósofos y hombres de Estado ingleses. Allí leyó y estudió á Shakspeare, Pope y Swift; allí meditó sobre las obras de Newton y Locke; allí escribió en prosa inglesa el primer acto de su «Bruto» y su *Essay on epic poetry* (Tratado sobre la poesía épica), y desde allí hizo sus excursiones á la vida pública. Desde París conocía ya á lord Bolingbroke, y al principio de su estancia en Londres había encontrado amable hospitalidad en su residencia de Dawley cerca de Cranford. Después, poseyendo ya el inglés, trabó amistad en casa de lord Peterborough con Jonatan Swift á quien calificó de «otro Rabelais, pero sin ampulosidad.» Hacía también frecuentes visitas al poeta Pope en su posesión de Twickenham, donde se reunían los talentos de la capital. Calificó Voltaire á este poeta de el más correcto, más elegante y más armonioso de todos los de Inglaterra, con cuyo juicio da á conocer su propio gusto. Con todas las eminencias vivió en amistosas relaciones ya fuesen toríes ó whigs, Poulteney y Walpole. También fué introducido en casa de la duquesa de Marlborough, que á la sazón escribía sus memorias. Cuando Voltaire le suplicó que le dejara echar una mirada á lo que escribía le contestó: «Mortifíquese V. algún tiempo, porque cabalmente estoy ocupada en rehacer la descripción del

carácter de la reina Ana, pues desde que esta gente gobierna me he convertido y la amo ahora.»

Había llegado Voltaire á poseer de tal modo el inglés, que un día pudo desarmar al populacho con una alocución en su idioma cuando iba á dar rienda suelta á su odio á los franceses persiguiéndole á él con improperios y pedradas. En tan crítica situación subió sobre un guarda-ruedas y gritó en inglés: «¡Ingleses valientes! ¿no es ya bastante la desgracia que tengo de no haber nacido entre vosotros?» Estas pocas palabras entusiasmaron tanto á sus perseguidores que le llevaron en los hombros á su casa. Cuando después dedicó su «Bruto» á lord Bolingbroke, escribióle que á su vuelta á Francia le había costado trabajo volver á manejar como antes su idioma, que había ya medio olvidado. Toda la alta sociedad de Inglaterra, y á su cabeza el rey y la reina, se suscribieron con entusiasmo á su *Henriada*, formando una lista de 344 firmas entre las cuales figuraban los títulos más ilustres de la aristocracia inglesa. Dedicó esta poesía épica á la reina, diciéndole en la dedicatoria: «V. M. encontrará en este libro verdades grandes é importantes, una moral despojada de superstición, un espíritu de libertad igualmente distante de motines que de opresión; los derechos de los reyes salvados y los del pueblo defendidos. El espíritu que campea en la obra me permite dedicarla á la esposa virtuosa de un rey que es el único entre tantas testas coronadas, que tiene la honra jamás ensalzada bastante de gobernar un pueblo libre; de un rey cuyo poder estriba en el amor de sus súbditos, y su gloria en ser justo.»

La riquísima cosecha de experiencia acumulada durante los tres años de su aprendizaje en Inglaterra se encuentra condensada en sus célebres «*Cartas filosóficas*» con cuya obra empezó su memorable carrera de apóstol de la ilustración.

Aparecieron por primera vez vertidas al inglés en 1733 en Londres con el título de *Letters concerning the English Nation by M. de Voltaire*. La primera edición francesa fué impresa en Ruan y vendida en París en 1734 á pesar de las pesquisas activas de la policía. El título de esta primera edición del original francés era: *Lettres philosophiques*; en otras ediciones es *Lettres anglaises* ó *Lettres sur les Anglais*. La fortuna de estas cartas quedó hecha cuando el parlamento de París las condenó á ser quemadas por «escandalosas é incompatibles con la religión, las buenas costumbres y el respeto debido á los altos poderes.» Esta sentencia fué ejecutada á las 10 de la mañana del día 10 de junio de 1734 al pié de la gran escalera del parlamento; el editor atrevido, Jore, fué encerrado en la Bastilla de cuya cárcel, como su padre, era ya parroquiano; y el autor se ausentó por prudencia algunos meses de París con gran desesperación de su inteligente amiga la marquesa del Chatelet. Entre tanto hacia su camino la obrita, pasando por manos de todas las personas aficionadas á la lectura, como 13 años antes había sucedido con las «*Cartas persas*» por motivos siempre idénticos, porque la *Fronda intelectual* reconocía por unas y otras que había encontrado un nuevo jefe. El público vió en estas cartas lo que eran en efecto, una crítica de la Francia y de los franceses. Hasta en los casos en que el autor parecía simplemente narrador de la vida y modo de pensar de los ingleses se conocía su intención por la elección de la materia; y aunque no estaba siempre indicada la moral de la fábula, era tan transparente que cualquiera podía verla.

Dos años antes Voltaire había sublevado ya la conciencia de todos los mojigatos con su «*Epístola á Urania*,» y entonces ya los guardadores del orden social le habían puesto en su índice como uno de los libros pensadores más peligrosos. El canciller D'Aguesseau había preguntado á su secretario Langlois qué le parecía aquella poesía, á lo cual este había

contestado: «A este Voltaire debería encerrarse en una jaula donde no hubiera ni papel, ni pulmas, ni tinta, porque un genio semejante puede destruir una monarquía.» A solicitud del arzobispo de París fué citado Voltaire para responder de la obra ante el jefe de policía; pero allí se valió del recurso vulgar y acostumbrado, recurso que no usaba entonces por primera vez ni fué tampoco la última que se valió de él, á saber: de negar rotundamente su paternidad. No se necesitaba sin embargo haber leído la *Epístola á Urania* para ver que el objeto de Voltaire en sus *Cartas filosóficas*, en especial las que tratan de la organización religiosa de la secta de los kuáqueros que no tienen clero, se concentraba en poder citar al público francés las palabras instructivas de aquel kuáquero que le dijo: «Gracias al cielo, nosotros somos los únicos hombres en la tierra que no tienen sacerdotes. ¿Querías tú quitarnos este privilegio tan precioso? ¿Por qué quieres que entreguemos el niño á una ama mercenaria cuando tenemos abundante alimento para criarlo y nutrirlo nosotros mismos? Pronto gobernarían en la casa los mercenarios y oprimirían á la madre y al hijo. ¿No ha dicho Dios: «*Gratis habeis recibido el Evangelio, y gratis teneis que darlo á otros*»? Y habiendo dicho esto Jesucristo ¿nos atreveríamos á hacer comercio con el Evangelio, vender el Espíritu Santo al precio que podemos arrancar, y hacer de una reunión de cristianos un gremio de ropavejeros? No nos sobra tanto dinero para mantener gente vestida de negro á fin de que auxilien á nuestros pobres, entierren á nuestros muertos y prediquen á los creyentes; estas obligaciones preciosas son para nosotros demasiado sagradas para cederlas á otros.» Si esta cita nada dejaba que desear en cuanto á claridad y transparencia, no era menos clara la descripción que hizo en las mismas cartas de Guillermo Penn, el apóstol de los kuáqueros que fundó en la América del Norte la Pensilvania y en ella la edad de oro: «Empezó, dice Voltaire, á hacer un convenio con los indígenas que le rodeaban, el único convenio hecho entre aquellos pueblos y los cristianos que no ha sido jurado ni roto. Este príncipe nuevo dió también las leyes á la Pensilvania, tan sábias que desde que las dió no se ha variado de ellas ni un solo párrafo. La primera manda no maltratar á nadie por sus opiniones religiosas y considerar como hermanos á todos los que creen en Dios. Eran un espectáculo enteramente nuevo un soberano al cual todo el mundo tuteaba y el cual se hablaba sin descubrirse la cabeza; un gobierno sin clero; un pueblo sin armas; ciudadanos iguales sin categorías ni diferencias de clase, y vecinos sin envidia» (1). La carta 6, que trata de la religión anglicana, empieza con las palabras: «Inglaterra es el país de las sectas; como el Evangelio dice: en la casa de mi padre hay muchas habitaciones, el inglés á fuer de hombre libre va al cielo por el camino que más le gusta.» Luego traza un cuadro poco halagüeño de la Iglesia anglicana, que tantas analogías tiene con la católica, y á cuyo clero ningún mérito corresponde en la tolerancia religiosa que introdujeron los whigs; «solo una ventaja, dice, lleva la Inglaterra anglicana á la Francia católica, y es que no tiene aquel sér híbrido, que no es ni eclesiástico ni seglar y que se llama *abate*; especie que no se conoce en Inglaterra, donde los clérigos son todas personas de moralidad y además preceptores. Cuando vienen á saber que en Francia hay jóvenes conocidos por su vida licenciosa, que por empeños y recomendaciones de mujeres llegan á ser prelados, que tienen públicamente relaciones amorosas ilícitas, que pasan sus días ociosos en hacer madrigales tiernos y galantes, que cada noche dan cenas suntuosas é interminables y que después invocan el Espíritu Santo y se llaman

(1) Carta 5.^a

descaradamente sucesores de los apóstoles, cuando esto oyen los sacerdotes ingleses, dan gracias á Dios de ser protestantes. Pero ¿de qué les sirve? se interrumpe aquí Voltaire con sorna, siempre son y se quedan unos herejes miserables, dignos de ser asados por todos los demonios del infierno, como dice Rabelais, y esta es la razón por la cual no quiero ahondar mas este asunto.»

La séptima carta habla de la secta de los presbiterianos de Escocia, que dice son gente mucho mas grave, severa y rigurosa que los anglicanos. De ellos viene el silencio y completo descanso dominical; son mas intolerantes tambien que los anglicanos, con lo cual sirven de contrapeso admirable de la Iglesia anglicana, en beneficio de otras sectas. «Si en Inglaterra, dice, dominara una sola religion, sería aterror su despotismo; y si hubiese nada mas que dos, se degollarian mutuamente; pero allí existen unas treinta de ellas y por eso viven dichosos y en paz. En la Bolsa de Lóndres se codean mahometanos, judíos y cristianos, como si todos fuesen de la misma religion, porque allí no se conocen mas infieles que los que quiebran.» Despues de la Bolsa encontró Voltaire como otro centro de la vida nacional el parlamento, y lo que sobre este dice en sus cartas podría servir de prólogo al sistema político que reunió pronto bajo su bandera á los mejores patriotas franceses, deseosos de dotar á su país de la libertad política que gozaban los ingleses. Voltaire no era político de oficio, como era Montesquieu, segun opinion de sus compatriotas y suya propia; pero tenia mirada política é instinto histórico como ninguno de sus contemporáneos, y así sus dos cartas sobre el parlamento y el gobierno de Inglaterra ofrecieron á los franceses una enseñanza que aunque sumaria fué mas útil y práctica que el admirable capítulo en el *Esprit des Lois* de Montesquieu que ha sido venerado como una revelacion.

Las citadas cartas empiezan así: «Los miembros del parlamento inglés se complacen en compararse siempre que pueden con los antiguos romanos. No hace mucho que un diputado empezó su discurso en la cámara de los comunes con las palabras: «La majestad del pueblo inglés quedaria lastimada...» etc. Chocó esta introduccion, y provocó risotadas; pero el orador sin dejarse dominar ni perturbar por ellas repitió las mismas palabras con voz vigorosa, y las risas no se repitieron. Confieso que por mi parte no encuentro nada de comun entre la majestad del pueblo inglés y la del romano; toda la semejanza se reduce á que en Lóndres hay un senado, algunos de cuyos miembros se sospecha, aunque sin fundamento por supuesto, que venden sus votos, como sucedia en la antigua Roma. Los romanos ganan á los ingleses y á todos los pueblos cristianos en que no conocieron «la sandez repugnante de las guerras de religion,» de las cuales solo recientemente se han libertado los ingleses; pero los ingleses llevan ventaja á los romanos y á todas las naciones en que de las confusiones y turbulencias políticas de que ha sido teatro su país, salió la libertad, mientras de las guerras civiles de Roma nació la esclavitud. El pueblo inglés es el único en la tierra que ha logrado regular el poder de sus reyes resistiéndose á sus extralimitaciones, y así á fuerza de embestidas ha llegado á crear pacíficamente aquel sistema sabio de gobierno en el cual el soberano tiene todo el poder necesario para hacer el bien, y ninguno para hacer el mal; donde los nobles son grandes sin altanería, y donde los vasallos y el pueblo toman parte sin desórden en el gobierno. La cámara de los pares y la de los comunes son los árbitros de la nacion, y el rey es el árbitro en discordia ó supremo. Los romanos no tenian este equilibrio; los grandes y el pueblo estaban siempre separados por un abismo porque faltaba el poder mediador que conciliara sus intereses y aspiracio-

nes opuestas. Verdad es que ha costado mucho fundar en Inglaterra la libertad, y fué menester hundir el idolo del despotismo en rios de sangre; pero los ingleses opinan que ni aun así han comprado sus leyes á un precio demasiado caro. Otros pueblos han pasado por idénticos trances y la sangre corrió en ellos á raudales tan grandes como en Inglaterra; pero si la vertieron por la libertad, solo sirvió para cimentar mas su esclavitud. Los franceses creen que la vida política en esta isla es mas tempestuosa que el mar que baña sus costas, y tienen razón; pero solo sucede esto cuando el rey introduce la tempestad queriendo hacerse dueño del buque, en el cual solo es el primer piloto. Las guerras civiles francesas duraron mas; eran mas crueles y produjeron mas crímenes que las inglesas, y no tenian por objeto ninguna libertad racional, conforme lo demuestra claramente la «guerra ridícula de la Fronda.»

Voltaire no profundizó sin embargo la organizacion política de la Inglaterra de su tiempo, porque solo descubrió una de las manifestaciones del cambio radical que experimentó bajo la dinastía de Hanover, á saber: que el dominio del espíritu protestante era el móvil fomentador de la ilustracion y libertad de conciencia. Tambien notó debidamente la extension del comercio inglés, tanto que en la primera edicion de la carta 11 se encuentra el trozo siguiente, omitido en las ediciones posteriores:

«El comercio que ha enriquecido á los ciudadanos ingleses, ha contribuido á hacerlos libres, y la libertad ha ensanchado á su vez el comercio; así ha llegado el país á adquirir su poderío nacional, porque el comercio ha hecho necesario el aumento progresivo de las fuerzas navales que luego han hecho á los ingleses dueños de los mares. Hoy tienen aproximadamente 200 buques de guerra, y algun dia quizás admirará á la posteridad que una isla reducida, cuyos productos naturales se limitaban en un principio á plomo, estaño, talco y lana basta, haya adquirido con su comercio tal poderío que ha podido en un mismo año expedir simultáneamente tres escuadras á otras tantas regiones lejanas, una á Gibraltar, plaza conquistada y conservada por las armas inglesas, otra en frente de Portobello para robar al rey de España los tesoros de la India, y la tercera al Báltico para impedir la guerra entre las potencias del Norte.»

Se le habian pasado por alto la importancia política adquirida por la aristocracia del dinero, el poder político de los intereses materiales, de la industria y del comercio, y su irresistible influencia en la legislacion, en la administracion interior del país y en los fines y el espíritu de la política exterior; porque á haber visto todo esto, habria encontrado una grandísima analogía entre los ingleses y los antiguos romanos, y no habria escrito en su carta novena: «Los ingleses no conocen la necesidad deslumbradora de hacer conquististas territoriales; porque libres como son, no les ocurre privar á otros de su libertad; y si odiaban á Luis XIV, era solo porque le veian ambicioso.» No vió pues Voltaire que los ingleses se habian hecho una nacion mercantil «conquistadora,» que buscaba una especie nueva de dominio universal, y cuando hacia la guerra á conquistadores poderosos por mar con sus escuadras y por tierra con ejércitos comprados, no defendia libertades ajenas, sino que luchaba por el dominio mercantil universal, por el derecho exclusivo de explotar la impotencia de otros pueblos. Esto lo observó muy acertadamente Federico II en su obra *Historia de mi tiempo* donde dice: «No trata la Inglaterra de aumentar sus dominios por medio de conquistas directas, sino que procura alcanzar su objeto con rodeos, debilita el comercio de otras naciones para absorberlo ella sola; quiere ser dueño del comercio por medio del monopolio para aumentar sus re-

cursos é incalculables tesoros que sirven de poderosa palanca á su ambicion y á su política.»

La doctrina de Voltaire del «feliz equilibrio, de la penetracion de los poderes del Estado, del concierto entre los comunes, los lores y el rey,» doctrina que despues encontró tantos creyentes, adolece del mal de confundir la apariencia exterior con la esencia de la cosa; porque entonces no descansaba la organizacion del gobierno inglés sobre tres bases de igual peso, sino sobre una sola que es el fundamento de todo el edificio, á saber: la cámara de los comunes, cuyo dominio sobre la de los lores y sobre el rey no era palpable porque entonces lo ejercia sin choques ni oposicion, efecto cabalmente de la lucha tan dura y accidentada que habia ensangrentado el siglo XVII con motivo de la constitucion. Lo que entonces fué objeto de tan apasionada contienda, era en tiempo de Voltaire cosa natural, entendida y convenida; pero siempre era un estado nuevo de cosas, particularmente la sumision del rey á la mayoría reinante de la cámara de los comunes; y para convencerse de la repugnancia que este estado de cosas engendraba en las personas amantes de lo pasado, habria bastado á Voltaire dirigirse á sus amigos distinguidos Bolingbroke, Pultenay y Swift. Era muy fácil y perdonable equivocarse respecto de la base y de los límites de la libertad inglesa en un francés que no se hartaba de aspirar con todos sus pulmones una libertad que le embriagaba como no se harta de respirar un asfixiado que despierta otra vez á la vida; era natural que se entusiasmara por un sistema monárquico que no expedía órdenes arbitrarias de prision, ni tenia Bastillas, á quien estaba prohibido extralimitarse, empleando fuerza mayor cuando no lo autorizaba la ley, que tampoco podia salirse de los límites legales, pero que podia hacer gracia y sembrar beneficios dentro de un círculo muy vasto. Un instinto certero hizo reconocer á Voltaire la mision mas elevada de la corona en el arbitraje que le toca ejercer como colocada fuera de los partidos, siempre que lo exige la proteccion de los débiles contra los fuertes y contra su egoísmo; bien que se equivocaba cuando creia que para desempeñar esta mision, poseia el trono inglés facilidades y dotes especiales. Con perfecta razón hizo ver el contraste entre la nobleza inglesa y la de su país, que solo conocia goces y ningun trabajo, solo derechos y ningun deber, y que era en una palabra una inmensa nulidad.

Además, la nobleza inglesa no tenia el privilegio irritante de la exencion de impuestos, que en Francia producía tan fatales consecuencias, ni en general conociase en Inglaterra ninguna casta privilegiada á la manera de la aristocracia feudal territorial y eclesiástica de Francia. Respecto de esto dice Voltaire en su décima carta: «Aquí no se oye hablar de jurisdiccion alta, mediana ni baja, ni del derecho de cazar en la propiedad de un plebeyo que como tal no tiene permiso de disparar un tiro en el terreno que le pertenece. Aquí nadie está exento de la obligacion de pagar ciertos impuestos por ser noble ó clérigo; la cámara de los comunes fija y distribuye las contribuciones, y ocupa segun su categoría el segundo puesto, pero segun su importancia el primer puesto en el país. Los lores y obispos pueden desechar la ley votada por los comunes si se refiere á recursos en dinero, pero no están autorizados para introducir en ella variaciones; no pueden mas que aceptar la ley ó rechazarla en absoluto. Cuando los lores la han aceptado, y el rey la ha aprobado, pagan todos, cada uno lo que le corresponde, no segun su clase social, porque esto sería irracional, sino segun lo que gana. Allí no hay talla, ni capitacion, sino un tanto alzado sobre los bienes inmuebles que se tasaron en el reinado del célebre rey Guillermo III un poco mas bajos que su valor real. Esta tarifa ó evaluacion queda para la contribucion

invariable, aunque se aumente el producto de la finca; y de este modo no se oprime á nadie, ni nadie se queja.

»La clase labradora no se hiere los piés con zuecos; va bien vestida, come pan blanco, y no tiene miedo de aumentar su ganado, ni de cubrir su casa con tejas, en lugar de bálago, porque por mucho que mejore, sabe que por esto no le han de subir la contribucion al año siguiente. Así es que allí se ven labradores que ganan al año de 500 á 600 libras esterlinas, y no dejan por esto el cultivo de su tierra que les ha enriquecido y en la cual viven libres.

»La nobleza inglesa no conoce la ociosidad enervadora que hace degenerar á la francesa; sus primogénitos ocupan asientos en el parlamento ó en el ministerio y al mismo tiempo administran sus posesiones; mientras los segundones se dedican al comercio y se establecen en la ciudad ó en las colonias. El comerciante inglés puede compararse con orgullo á un ciudadano romano; el hijo menor de un lord no se avergüenza de dedicarse al comercio como los plebeyos; el ministro de Estado, lord Townshend, tiene un hermano que vive en la capital como simple comerciante, y cuando gobernaba la Inglaterra lord Oxford, su hermano menor tenia una factoría en Alepo que no quiso abandonar y donde murió. En Francia es marqués el que quiere; el individuo que viene de una provincia á Paris con dinero, y con un apellido que acabe en *ac* ó en *ille*, ya puede decir todo hinchado: «Un hombre como yo, una persona de mi categoría, etc.»; ya mira con soberano desprecio al hombre del comercio; y el mismo comerciante oye hablar de su clase tan continuamente con desprecio, que llega á ser bastante necio para avergonzarse de su profesion. Mas yo no sé quién es mas útil al país, si el hidalgo bien empolvado que sabe hasta por minutos cuando el rey se levanta ó se acuesta, que se da aires de gran señor cuando hace el papel de lacayo en la antesala de un ministro, ó el comerciante que enriquece á su patria, que desde su despacho expide órdenes á Surat y al Cairo y que contribuye al bien general del mundo.»

Las primeras once cartas de las veinticinco que componen la coleccion, presentan á los franceses un país en el cual viven pacíficamente reunidos el poder y el derecho, el orden y la libertad; una sociedad en la cual el plebeyo no odia al noble, donde el trabajo honra y las conciencias están libres, es decir, un país en que estaba sano y era conforme al orden natural todo lo que en Francia estaba enfermo y era contrario á la naturaleza. Las otras cartas descubrian á sus compatriotas un mundo de tesoros intelectuales producidos por los ingleses, y que solo aguardaban la pluma y el acertado tacto de un extranjero de talento para ser puestos al alcance de toda la humanidad.

Una de estas cartas es notabilísima por la defensa que hace de la vacunacion y forma la transicion para las que tratan de Bacon, Locke y Newton, genios que abrieron la gran lucha en favor de la ilustracion en el siglo XVIII.

No pueden menos de ruborizarse los franceses de hoy cuando leen el sermón fogoso que Voltaire les escribió en el año 1727 sobre la vacunacion, pues que fué el primer francés que reconoció el valor de esta invencion; y mucho mas si se acuerdan de que los mismos poderes que representan la ignorancia y la supersticion, que entonces se oponian á la introduccion de esta mejora, tuvieron influencia bastante hasta nuestros dias para impedir su aplicacion obligatoria en Francia. Nosotros en cambio comprendemos toda la magnitud de este beneficio cuando leemos la descripcion patética que hace Voltaire de la desolacion que causaban las viruelas en su tiempo: «De cada 100 personas, dice en la carta 12.^a atacan las viruelas por lo menos á 60; de estos 60 sucumben 10 en la mejor edad, y 10 conservan por el resto de su